

## NUMERO 178.

## Memoria del último de los primeros soldados de la independencia, Pedro José Sotelo.

*MEMORIAS del último de los primeros soldados de la Independencia Pedro José Sotelo, dedicadas al C. Lic. Sebastian Lerdo de Tejada, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, por el Ayuntamiento y Jefe Político de esta Ciudad.*

Dolores Hidalgo. Año de 1874.

En el año de 1802 falleció mi padre José Feliciano Sotelo, y quedamos huérfanos, mi hermano Pedro Salomé Sotelo, con el único amparo de mi madre.

Mi hermano, por una cuestión que tubo con un individuo, á quien en la riña le dió un golpe de piedra en la cara, del cual cayó en tierra sin sentido, corrió hasta salirse de esta poblacion por temor del castigo que le esperaba si le aprehendian; por que D. Manuel Salas, que era Juez de acordada en este tiempo, era muy cruel en sus operaciones, y tomó el rumbo de México en donde le agarraron de leva y le hicieron soldado del regimiento de la Corona.

Quedé yo solo con mi madre, y mirando esta Señora que no era capaz de darme una educacion cual convenia segun mi sexo, y que era preciso que un hombre dirigiese mi conducta por buen sendero, inculcándome las mejores máximas de moralidad para vivir con mis semejantes en lo sucesivo, se resolvió á ponerme á las órdenes y disposicion del Señor Cura D. Miguel Hidalgo y Costilla, quien tubo la dignacion de admitirme en su casa, arregladas que fueron las condiciones que por ambos fueron propuestas. Esto fué en el año de 1803, para el que tenia yo trece años de edad.

El Señor Cura me recibió afectuosamente, y me manifestó desde luego un estilo afable, y me doctrinaba con mucha dulzura, dándome buenos

consejos y enseñándome á vivir bajo el temor de Dios.

Me dediqué al arte de la alfarería, y viendo el Señor cura mi aplicacion me puso bajo la direccion del maestro de pintura D. José Ignacio N. para que me enseñara el oficio.

Tenia por costumbre el Señor Cura dar misa en el Llanito diariamente, y al volver visitaba sus dos oficinas, primero la sedería y luego la alfarería, que era donde por lo regular se detenia mas tiempo, tanto en ver sus operarios como en estudiar, para lo cual tenia un lugar en un costado de la alfarería hácia el Poniente, en cuyo punto tenia una silla, y allí leía silenciosamente sin que nadie se atreviera á interrumpirlo.

No corrió mucho tiempo de mi aprendizaje sin que el Señor Cura, despues de pagar á todos los oficiales el dia Sábado, del dinero que sobraba empezó á darme un peso ó cuatro reales con el carácter de gratificacion, y al darme este dinero me decia "para su madre" pues por lo que tocaba á mi persona estaba bien servido de alimento y ropa en el curato. Así continué hasta el año de 1807 en que dió orden el Señor Cura al maestro German Gonzalez, que era el que estaba encargado de llevar las listas ó apuntes de los precios de toda clase de pinturas, para que me pagara igual á todos los oficiales. Esto resultó del manejo de mi conducta, tanto en la oficina como en la casa del Señor Cura; pues yo veía que me tenia afecto con especialidad como el mas jóven de todos los oficiales, y yo por mi parte procuraba no disgustarlo, y atraerme su cariño mas y mas, haciendo cuantos servicios estaban á mi alcance.

Corrió el tiempo hasta el año de 1809, en cuyo intervalo gozamos de una vida angelical y tranquila al lado del Señor Cura, paseándonos en

su compañía; porque como la mayor parte de todos los alfareros eran músicos, cuando á este Señor le ocurría hacer un baile, un paseo de campo, ó cualquiera diversion ó pasatiempo honesto, no hacia mas que llamar á sus músicos, ó inmediatamente se hacia lo que él disponia, y quedaba servido y agradecido de todos.

En la casa del Señor Cura asistia un Señor que se llamaba D. Santos Villa, que era el director de la música, por lo cual y por el parentesco que tenia con la familia Hidalgo, lo apreciaba mucho el Señor Cura. Este Señor Don Santos era de génio jovial y de una educacion muy fina: con todos los alfareros tenia mucha amistad, por cuyo motivo, por su conducto, de tarde en tarde sabiamos lo que el Señor Cura decia respecto del estado en que caminaban los negocios políticos de aquella época, que sabia por las gacetas ó periódicos. Yo por lo regular no entraba en conversacion, por que mi edad no me lo permitia; pero notaba que algunas veces el Señor Cura, en su lugar de estudio, se quedaba meditando y como formando allá en su mente algun proyecto.

Con motivo de mis adelantos en la pintura, me consideré capaz para tomar estado, lo que puse en conocimiento del Señor Cura; este Señor accedió á mi intento y se encargó de ir á pedir á mi esposa al Señor D. Mariano Abasolo, porque allí estaba como hija de la casa, pues era huérfana de padres: resolvieron que sí, y se verificó mi matrimonio, cuyos gastos fueron hechos por el Señor Cura, y no supe qué cantidad seria, por que el Señor Cura nunca me manifestó ninguna cuenta, ni me exigió pago.

A poco tiempo de casado en el mismo año de 1809 un dia me llamó el Señor Cura reservadamente, ya yo habia visto que lo mismo habia hecho con los demas oficiales, llamándolos aparte y hablando en voz baja y con seriedad, nosotros lo atribuimos á reprehension ó regaño, y mas cuando estos Señores no decian absolutamente nada de lo que les decia: un dia como dije antes, me llamó y me dijo: "hombre, si yo te comunicara un negocio muy importante y al mismo tiempo de mucho secreto, ¿me descubrirías?" y yo le contesté, nó, Señor; "pues bien, me dijo, guarda

el secreto y oye: No conviene que, siendo mejicanos, dueños de un país tan hermoso y rico, continuemos por mas tiempo bajo el gobierno de los gachupines, estos nos extorcionan, nos tienen bajo un yugo que no es posible soportar su peso por mas tiempo: nos tratan como si fuéramos sus esclaves, no somos dueños aun de hablar con libertad; no disfrutamos de los frutos de nuestro suelo, porque ellos son los dueños de todo; pagamos tributo por vivir en lo que es de nosotros, y por que UU. los casados vivan con sus esposas, por último, estamos bajo la mas tiránica opresion. ¿No te parece que esto es una injusticia?" Sí, Señor, le contesté. "Pues bien, se trata de quitarnos este yugo haciéndonos independientes, quitamos al virey, le negamos la obediencia al rey de España, y seremos libres; pero para esto es necesario que nos unamos todos y nos prestemos con toda voluntad, hemos de tomar las armas para correr á los gachupines y no consentir en nuestro reino á ningun extranjero. ¿Qué dices, tomas las armas y me acompañas para verificar esta empresa? ¿Das la vida si fuere necesario por libertar á tu patria? Tú estás jóven eres ya casado, luego tendrás hijos, y no te parece que ellos gocen de la libertad que tú les des, haciéndoles independientes, y que gocen con satisfaccion de los frutos de su madre Patria?" Y yo le conteste, sí, Señor, y confieso ingenuamente que al oír hablar de tal negocio al Señor Cura, sentia en mi corazon una emosion de júbilo que me animaba y tarde se me hacia dar mi respuesta al Señor Cura. Me dijo luego, "pues guarde Ud. el secreto, no se lo comunique á nadie, ni á sus compañeros aunque le pregunten..." Despues de un rato de silencio, me dijo: "no hay mas remedio, es preciso resolernos á verificar nuestra empresa, vaya U. y silencio."

En la pieza de la esquina de la alfarería que está al Oriente, calle de la Represa, se encontraban tres artesanos talabarteros, hermanos los tres, y se llamaban José Pulido, Teodosio Pulido y su hermano menor: el primero era conocido por Chepe Pulido. Ninguno de los alfareros sabiamos con qué objeto se encontraban en aquella pieza: igual caso sucedia con tres herreros que se llamaban Nicolás Licea, Ignacio su hermano y



Pedro Barron: estos iban de noche al Curato y se esperaban en el zahuan hasta que el Señor Cura quedaba enteramente solo, entonces entraban y hablaban con este Señor, les daba dinero, les intimaba silencio y se retiraban sin hablar ni una sola palabra.

Asimismo veíamos que D. Juan Quintana, artesano de carpintería, labraba unos palillos como reja de ventana, redondos y como de cinco cuartas de largos, de madera de encino que traían los leñeros que acarreaban la leña para la alfarería. Preguntábamos á dicho Quintana para qué eran aquellos palitos, y nos contestaba, quién sabe para qué querrá el Señor Cura estos palitos, ideas que no le faltan al Señor Cura, con esta respuesta acallaba nuestra curiosidad, y no nos daba lugar á trascender mas.

Cuando el Señor Cura me descubrió el secreto, como he dicho antes, hasta entonces comencé á entender que los talabarteros, herreros y carpintero estaban al tanto del negocio: no me equivoqué; pues como luego se vió que los herreros hacían las armas, lanzas, machetes, etc. y los talabarteros hacían las cubiertas de aquellos, y fabricaban hondas, y el carpintero labraba los palos de las lanzas. Todo esto caminaba bajo un sigilo riguroso, porque aunque ya todos sabíamos el proyecto del Señor Cura, ninguno nos atrevíamos á descubrir el secreto.

El Señor Don Ignacio Allende y Don Juan Aldama, originarios de San Miguel el Grande, con mucha frecuencia visitaban al Señor Cura, y observábamos que tenían sus conferencias reservadas, particularmente de noche, por lo que entendíamos que trataban del mismo negocio que nos habia comunicado el Señor Cura.

Un dia llegaron estos Señores al Curato, y le dijeron al Señor Cura, que venían á esperar aquí á los emisarios que debían llegar de San Diego, como en efecto llegaron estos Señores, cuyos nombres no supe: eran cuatro, de carácter serio pero agradables. Hablaron con el Señor Cura á puerta cerrada, y fué tal el gusto que les causó el buen resultado de su comision, que dispusieron una corrida de toros, la que se verificó en la plaza de gallos, que estaba entonces frente á la casa del Señor Cura, que ahora es huerta de la

casa de D. Manuel Hernandez, habiéndose traído los toros de la hacienda de Rincon. En esta corrida toreó D. Ignacio Allende, y luchó con un toro, con cuya accion dejó admirados á los espectadores y lo aplaudieron con vítores y palmoteos.

Corría el tiempo y las cosas seguían avanzando bajo secreto.

El Señor Cura, empeñoso como siempre en sus fábricas de seda y loza, ocupando gente para el corte de la hoja de moral para el alimento de los gusanos de seda, y en la alfarería haciendo experimentos con composiciones de metales para hacer colores y vidrios, y discurriendo nuevas figuras en las piezas de barro, tanto de rueda como de molde.

Esta constante ocupacion del Señor Cura no daba lugar á que se trascendiese el proyecto que tenia formado.

Nosotros con impaciencia deseábamos que llegara el dia grande en que debíamos dar la voz de Independencia y Libertad.

Llegó por fin el deseado dia; y aunque no fué el que se habia elegido, el dia 29 de Setiembre el nombrado para la grande empresa, pero el dia 15 de dicho mes á las diez de la noche, llegó el Señor Allende y algunos compañeros, los cuales no pudieron hablar con el Señor Cura porque tenia visitas, y en la esquina de los Olivos esperaron que se desocupara. No tardó en quedar solo el Señor Cura, inmediatamente se presentaron el Señor Allende y los que le acompañaban, y con semblante sério y grande agitacion comunicaron al Señor Cura que el negocio estaba para fracasar, y en un momento perderse todo lo que tenían intentado. "¿Usted dirá qué hacemos?" dijeron, y el Señor Cura respondió: "En el acto se hace todo, no hay que perder tiempo; en el acto mismo verán U. U. romper y rodar por el suelo el yugo opresor." Salió violentamente á la calle y dijo al mozo: "Llámame á los serenos." Estos eran dos únicamente: se llamaban José el Rayeño y Vicente Lobo. Vinieron en el acto, y el Señor Cura les comunicó el negocio, ellos se sometieron á sus órdenes y se resolvieron á hacer cuanto les dispusiera. Les ordenó que fueran inmediatamente á llamar á los oficiales alfareros, y sederos, y mientras estos venían, decía el Señor

Cura á D. Ignacio Allende: "No hay que pensar, ahora mismo damos la voz de libertad." Llegaron algunos alfareros y sederos, y cuando estuvieron reunidos como quince ó diez y seis hombres, alfareros, sederos, serenos, algunos del pueblo que no pertenecían á la casa del Señor Cura, pero que al rumor de la novedad se habian levantado de sus camas, y otros que los mismos artesanos habian convidado al pasar por sus casas, entonces dió orden el Señor Cura á los alfareros para que fueran á la alfarería y trajeran las armas que allí estaban ocultas, que eran machetes, lanzas y hondas. Todo esto era hecho en un momento, porque el Señor Cura era muy activo en todos sus negocios; y como los oficiales conocían bien su carácter, corrían apresurados á cumplir sus órdenes. Cuando ya estuvieron allí las armas, las repartió el Señor Cura por su propia mano á los que estaban presentes las que pedían, diciéndoles: "Sí, hijos míos, las que gusten, para que nos ayudemos á defender y libertar á nuestra Patria de estos tiranos."

Mandó llamar al Presbítero D. Ignacio Valleza, en el acto vino este Señor y lo nombro Jefe de una comision para que aprehendiera al Padre Bustamante, que era español y Sacristan mayor de esta Parroquia: fué el primer paso que se dió; en seguida arengó el Señor Cura en pocas palabras por la ventana de su asistencia á los que se habian reunido, animándolos para comenzar vigorosamente la empresa de nuestra Independencia, y levantando la voz con mucho valor, dijo: "Viva Nuestra Señora de Guadalupe, viva la Independencia." Y acompañado del Señor Allende y los demas, salimos á hacer la aprehension de los Gachupines, para cuyo efecto se nombraron comisiones que sorprendieran en sus casas á cada uno de ellos. Pusimos en libertad la prision que habia en la cárcel, y esta se unio con nosotros para ayudarnos á poner presos á los españoles. Fué aquello una vocería terrible, victoreando al Señor Cura y gritando, mueran los gachupines.

En esto nos ocupamos la noche del 15 de Setiembre de 1810: amaneció el dia 16, dia Domingo, memorable y glorioso para nuestra posteridad.

Como fué dia de concurrencia por el comercio, se nos reunieron muchos individuos de la jurisdiccion y vecinos de la poblacion. En la mañana de ese dia se le mandó un recado al Señor D. Mariano Abasolo, invitándolo para la empreza, é inmediatamente resolvió sin vacilar que estaba anuente y á las órdenes del Señor Cura, que con mucho gusto tomaba las armas para acompañarlo, y á pocos momentos se presentó.

Don Juan Lecanda, español, Administrador de la Hacienda de Rincon (de Abasolo) ignorando lo que pasaba en la poblacion, vino á misa, pero entrando á la casa del Señor Abasolo, le digeron lo que habian hecho con los españoles, é inmediatamente se volvió á salir sin apearse del caballo y se fué para Guanajuato.

El Señor Cura con mucha actividad no cesaba de disponer y ordenar la gente que se habia reunido, y mirando que ya se contaba con un numero considerable de gente adicta, resolvió organizarla en forma de tropa y encomendó esta comision á D. Ignacio Allende; por que este Señor era instruido y práctico en la disciplina militar, y por que conocia á varios Señores que podían servir de oficiales para la organizacion de la tropa, aunque improvisamente. Para este efecto fueron nombrados los Señores Rivascacho, D. Miguel, y su hermano D. Cresencio, Dionicio Rodríguez, Julian Zamudio, el sargento Moctezuma (alias el gato) D. José Aguirre profesor de medicina, José Antonio Zapata y Nicolás Licea etc., etc.

Se armaron estas compañías con el resto de armas que habian quedado en la alfareria y á los indigenas se les habilitó de hondas y algunas lanzas. Las armas que se les recogieron á los españoles tambien se repartieron, y cuando ya no hubo armas dió la orden el Señor Cura que con palos ó con lo que tuvieran en sus casas se armaran, lo que se verificó en el acto.

Cuando ya estuvieron ordenadas las compañías del mejor modo que se pudo, se les dió sueldo sin tasacion ni distincion, á como les tocaba por suerte. Este dinero se tomó de los fondos de la Aduana, Estanco, Administracion de correos y parte de los caudales que tenían los gachupines atesorados.



Don Nicolás Ricon que era el Subdelegado en ese tiempo, al exigirle que entregara el dinero de las oficinas referidas, se resistió resueltamente, por lo que se incomodaron con él, el Señor Cura y D. Ignacio Allende, tuvieron una cuestion muy acalorada, resultando de ella que despojaron del empleo á dicho Ricon y lo desterraron en el acto.

Sustituyó á este Señor en el cargo de autoridad civil el Señor D. Ramon Montemayor, y en lo Eclesiástico fué nombrado cura encargado por el Señor Hidalgo, el Presbítero D. José María Gonzalez. Arreglado este paso dió orden el Señor Cura para la marcha de la fuerza para San Miguel, llevando al mismo tiempo á los españoles que teniamos presos en la cárcel, los cuales fueron: D. Toribio Cacielles, el padre sacristan llamado Francisco Bustamante, D. José Buenaventura, Gil Revoleño, D. Francisco Santelices, que se aprendió el dia 16 por la mañana, por que la noche anterior se escondió y no lo consiguieron, D. Alejandro Malanco, D. Manuel Deleza, otros y D. José Antonio Larrinúa; este Señor al presentarse la comision para hacerlo preso la noche del 15 hizo resistencia, y uno de los comisionados, Casiano Exiga, que tenia un agravio con dicho Larrinúa, por negocios de comercio, le dió un golpe en la cabeza con un machete y lo hirió, por cuyo motivo no caminó en la prision, se le concedió que se quedara curando, pero en calidad de preso, bajo la responsabilidad del Señor Montemayor: D. Luis Marin, español, por su ancianidad y por el carácter que tenia sumamente pasífico y que con nadie se metia, se le concedió que se quedara en su casa en plena libertad.

De estos españoles y otros que ya no me acuerdo de sus nombres, fué el cuerpo de prisioneros que caminaron para San Miguel el Grande, cuya salida fué entre doce y una de la tarde, porque para todo se daban los Señores mucha prisa.

Al disponer el Señor Cura su marcha para San Miguel, nombró una comision para el arreglo de la alfareria y sederia cuya comision recayó en D. Francisco Barreto, Manuel Morales y yo, con orden que, arreglado que fuera todo, y recogido el dinero que debian algunos marchantes de loza que habian sacado fiada y estaban

para llegar de viage, entregando el dinero á Vicentita, hermana del Sr. Cura, y arregladas las herramientas y útiles de la alfareria, encerrando toda en las piezas mas seguras, nos fuéramos á alcanzarlo donde estuviera. Con la mayor eficacia y prontitud desempeñamos nuestra comision y luego nos fuimos para Guanajuato que era donde estaba la fuerza. Nos presentamos con el Señor Cura, dando cuenta de nuestra comision, y nos ordenó este Señor, que nos pusiéramos á las órdenes del Señor D. Mariano Hidalgo, hermano del Señor Cura y nos dijo: "no se separen, todos anden reunidos los que son de mi casa, alfareros y sederos, ya tiene orden Mariano para que se empleen U. U." Nos presentamos con el Señor D. Mariano, y éste Señor nos dijo: el Señor Cura me ha dicho que todos U. U. me han de ayudar á cuidar del tesoro y equipages de los Señores Generales; por que los demas del ejército no le inspiran confianza para este encargo. Cuando llegamos á Guanajuato ya habia sucedido la guerra del Castillo de Granaditas, nosotros no nos hallamos en ella por el motivo que he dicho antes, de la comision que nos dió el Señor Cura para el arreglo de la alfareria.

Al emprender mi marcha para Guanajuato dejé abandonados á mi querida madre, á mi cara esposa y á mi hijo tiernecito fruto primogénito de mi matrimonio, sin mas auxilio ni recurso que la Providencia Divina, impulsado por el desecho que tube siempre, de ayudar en cuanto fuera posible por mi parte á hacer la Independencia de mi cara patria, y cumplir la promesa que solemnemente hice al Señor Cura, de dar la vida si fuere necesario para llevar á efecto la libertad de todo nuestro país. Confieso que no era otro el interés que yo tenia.

Cuando llegamos á Guanajuato encontramos al Señor Cura y á todos los Señores Generales en el Cuartel de San Pedro; por que ni los españoles ni los criollos vecinos de aquella Ciudad dieron alojamiento particular á estos Señores.

El Sábado de la semana en que llegamos á Guanajuato, se mandó una comision para Dolores para que aprehendieran á D. Manuel Salas Juez de Acordada que era aún, y á D. Felix Alonzo con su dependiente, por que ambos eran

españoles, pues la noche del 15 no se aprehendieron por que andaban por Tierradentro. Salas hizo resistencia y en ella murió: lo mismo sucedió á Alonzo y á su dependiente ambos murieron en la resistencia que hicieron el Domingo por la mañana. El cadáver de Salas lo pusieron en una mula y así lo condujeron para Guanajuato, los otros cadáveres los dejaron en Dolores.

En la guerra del Castillo de Granaditas murió un hijo de Dolores Hidalgo, era muy hombre de bien se llamaba Martin Larrea, era muy buen tirador y se hizo de nombre por su valor y buena punteria: todos sus paisanos lo sentimos mucho. Se venció el Castillo á fuerza de hondazos y balazos con las pocas armas de fuego que se habian reunido, y unos cañones de artilleria de madera que se improvisaron forrados de cuero cruído y reforzados con cinchos de fierro.

En el cuartel de San Pedro se hizo un acopio de capellinas ó piezas de bronce que se recogieron de las Haciendas de plata de los españoles para hacer piezas de artillería, lo que se puso en obra inmediatamente.

Estando en el arreglo de muchos negocios que habia que arreglar en Guanajuato, una noche le dieron noticia al Señor Cura que el General Calleja, amenazaba entrar á Guanajuato por el Mineral de Valenciana, (aunque esto fué pretexto para que saliera el ejército de la Ciudad como despues supimos) inmediatamente se puso en movimiento el ejército y como la noche estaba oscura, dió orden el Señor Cura que se iluminara la Ciudad, para que la tropa saliera cómodamente y se evitaran los desórdenes que con la oscuridad pudieran cometer los soldados. Dispuso el Señor Cura que saliera una parte de la tropa por Valenciana y otra por Mellado: caminamos lo mas de la noche, camino para Dolores, llegamos á esta poblacion en la mañana, y en ella pasamos el dia y la noche y al siguiente dia salimos para San Felipe.

Cuando el Señor Cura salió de Dolores para Guanajuato el dia 16 de Setiembre, hizo su expedicion por San Miguel, Chamaquero, Celaya, etc., y de todos estos puntos que fué tocando se reunia mucha gente, la cual estaba armada con corta diferencia lo mismo que la de Dolores,

por cuyo motivo se resolvió el Señor Cura salir al encuentro de Calleja y atacarlo. El dia que salimos de Dolores para San Felipe, llegamos á la Hacienda de la Quemada. Desde Dolores mandó un correo el Señor Cura con un pliego para el Conde del Jaral, invitandolo y comunicandole la resolucion que tenia de atacar á Calleja donde lo encontrara. El Señor Cura en confianza de que eran íntimos amigos adelantó la comunicacion á este Señor, y por tal motivo se confió de tener buen resultado, esperando del Conde su adhesion á la empresa; pero fué lo contrario como despues diré.

La noche que estábamos durmiendo en la Quemada como á la media noche llegó el correo del Jaral con la contestacion del Conde, en la cual le manifestaba al Señor Cura su adhesion, y le ofreció que corria de su cuenta el persuadir á Calleja que no interrumpiera un negocio tan interesante y justo como era el que se habia emprendido.

Todo esto lo ofreció con la mayor formalidad posible, pero aparente; por que tan luego como llegó Calleja al Jaral se unió el Conde con él, lo protegió con dinero para los gastos de la guerra, lo animó para que siguiera al Señor Cura, y se fué en su compañía. Este Señor fué el primero que traicionó á nuestra Nacion en el principio de la revolucion. Confiado el Señor Cura en la promesa del Conde, al siguiente dia mandó que contramarcháramos para Guanajuato, ejecutando la disposicion que le indicó el Conde, diciéndole que se retirara sin cuidado, que por aquel punto corria de su cuenta la empresa, y que contara con él como fiel amigo. De esta manera logró el Conde que nos retiráramos para Guanajuato para dejar libre el camino y pasara Calleja. Al contramarchar para Guanajuato mandó el Señor Cura que se dividiera la fuerza, y una mitad se fuera por Calvillo y la otra se volviera á Dolores.

Como venian muchos Señores particulares de Guanajuato con el Señor Cura, al pasar por el puerto del Gallinero dijeron al Señor Cura que alli estaba bueno para abrir unos barrenos en las peñas, y que cargados estos con pólvora buena, los harian disparar por medio de mechas ocultas,